

afán de atesorar, que el amor á la vida, y más que á eso, á la virilidad, al amor, á los senos ebúrneos, á los semblantes delicados, á los talles cimbradores; y como viera al pillo del chafarote empuñando su terrible instrumento, exclamó en un arranque de resignación:

“Dios mío, ¡qué estos hombres tengan buena mano!”

Y allí tienen ustedes el origen de esa hilacha, de ese residuo de hombre, *podrido en pesos*; pero triste hasta la muerte.

10 de julio de 1900

LA BATALLA DE PAVIA

(CONFESION DEL INculpADO)

ME hallaba, por fin, en un juzgado de lo criminal, sitio semejante al en que habían pasado tantas y tantas torturas las criaturas de Gaboriau y de Bélot, á quien yo admiraba tanto, é iba á ser interrogado á propósito de aquel suceso tan trascendental é importante y que tanto papel había de desempeñar en mi vida.

Era el juzgado vasta pieza enladrillada á trechos y á trechos mostrando la tierra apisonada por la presión de muchos pies humanos. Dos ó tres mesas con carpetas de hule roñoso, un estante que delataba

respetabilísima antigüedad y hasta doce sillas de diferentes tipos y modelos (éstas lo mejor de la casa, porque los presos se rehusaban á ocuparlas para no *sentarse en sus causas*) y que estaban casi en su totalidad de un pie cojas y de los otros no muy sanas, componían el mueblaje de aquella oficina, en que la austera Themis disponía á su guisa de la honra y de la libertad de las personas.

Amontonados en un rincón, en una variedad que habría hecho las delicias de cualquier coleccionista, se hallaban objetos de todas clases: sillas de montar de las que sólo se ven en poder de caporales y hacedores de finca de campo, frazadas de todos colores, petacas y baules de viaje, retratos de caballeros de peluquín y casacón, vasijas, embudos, herramientas de todos los oficios, chapas cubiertas de herrumbre que parecían arrancadas á las puertas de una iglesia española del siglo XIV, libros trancos de ediciones raras; y junto á esas cosas de uso común, las vergonzantes, las que sirvieron para la perpetración de delitos: ganzúas, ganchos, boxes, rifles de di-

versos calibres, en que podrían haberse estudiado los progresos del arte de la guerra desde la conquista acá, y sobre todo armas blancas: cuchillos de carnicero de ancha hoja y grasiento puño de asta, puntas de espada con correa, para colgarse del cuello á manera de escapulario ó amuleto bendito, cuchillos de zapatero de punta buida, pacíficos cuchillos de mesa de punta roma, dagas traicioneras, verduguillos que no dejan en la piel huella de su entrada, machetes surianos que al caer rompen los huesos y hacen brotar raudales de sangre, navajas de estuche propias de hombres previosores, leznas, formones y escoplos que hacían pensar en aquellos diálogos de las cosas inanimadas que han supuesto Víctor Hugo y los poetas de su escuela.

Cuatro personas formaban lo que en jerga curialesca se apellida el personal de la oficina; pero de ellas quien más sobresalía era un viejo de edad más cercana á los setenta que á los cincuenta, alto de cuerpo, trigüeño de rostro, de ojuelos verdes y pequeños que semejaban peladas uvas, de bigote formado de agudas púas, que la ni-

cotina había tornado de blancas en amarillentas, y de traje correspondiente á la moda de hace veinte años. Fumaba un puro recortado y hacía cabalgar sobre su episcopal nariz un par de lentes con cerco de acero. Pero lo que imprimía á aquel hombre sello especial era una calva reluciente como espejo, en que cabrilleaba la luz como en las aguas movedizas, tersa como peladilla de arroyo, amojamada como si la cubriera la piel curtida de un animal y no la de su dueño.—Uno de esos filósofos modernos, que se jactan de adivinar por las prominencias craneanas las inclinaciones del individuo, habría podido estudiar en aquella cabeza como un chiquillo de escuela en un cartel de letras gordas, y habría visto que el Licenciado don Juan Cortés de Lara (así se llamaba el juez) era la personificación del viejo Javert de *Los Miserables*.

Al verme llegar el Licenciado Cortés dijo dirigiéndose á un chico que andaba por allí y que á la cuenta era su secretario:

“Compañero, me hace favor del proceso de Pavía” y á continuación el interpelado presentó un cuaderno que abultaba

poco; pero que no tardaría en crecer, por aluvión, tanto como los otros de sobada *carátula* que andaban por allí.

—Se amonesta á usted, dijo el golilla dirigiéndose á mí, para que se conduzca con verdad en lo que supiere y fuere preguntado.

—¿Cómo se llama usted?

—Ignacio Pavía.

—¿Casado?

—Soltero.

—¿Cuántos años?

—Treinta y tres.

—¿Qué oficio?

—Propietario.

—¿Dónde nació usted?

—En

Pero el nombre de mi pueblo no lo pondré aquí; bastante famoso han hecho á este sus ferias, sus torres y las peregrinaciones de los fieles para adorar la milagrosa imagen patrona nuestra, para que haya necesidad de mostrar el ovillo de este hilo.

Rodean á mi ciudad natal, que se halla en una pequeña colina, áridos y polvosos *callejones* (así se llama por allá á unas ex-

tensiones inmensas de terreno) en que se pierde la vista sin topar con árboles ni con eminencias. He leído no sé donde que el paisaje influye tanto sobre el sujeto, que sólo se comprende la figura de don Quijote viendo las llanuras de la Mancha, caldeadas por un sol capaz de derretir los sesos del más pintado y de causar oftalmías al ojo de la Divina Providencia. Pues bien, nuestro carácter, el carácter de los habitantes de X—con esta consonante designaremos á mi tierra—no se comprende sino con aquellos campos yermos y agostados, con aquella vegetación ruin y para poco, con aquella población levítica y falta de brios que vive con los recuerdos de su pasado.

Antes de las revoluciones, que han arruinado al país, y de los ferrocarriles, que le han dado vida, X era la población más floreciente de esta comarca.

Año por año llegaban cargamentos de efectos del extranjero, año por año y durante quince días se derrochaban el oro y la plata en transacciones y contratos y aquello tenía el aspecto de un mineral en bonanza.

¡Qué es el oír á los viejos hablar de la *Calle de las mesas* ó del *Vareo*, en que se expendían géneros al por menor, de las *partidas* y de las onzas que en ellas rodaban, de las tiendas llenas de riquezas, de los toros que se jugaban en la plaza capacísimas (hoy arruinada y con aspecto de romano Coliseo) de los tumultos que los ratas de entonces promovían para escapar con lo ajeno, de los altos alquileres de tiendas y casas, de los peregrinos que dormían acampados en los cerros distantes, de las mañanitas de diciembre frescas y regocijadas, de los paramentos de la iglesia, de la riqueza de los capellanes, de todo lo antiguo en fin.

Hoy X con sus torres exquisitas, que la gente dice fueron fabricadas por mano de ángeles, con sus tiendas grandes como casas, sus casas como iglesias y sus iglesias como basílicas, es una población en que hay todo menos vida, en que se hace todo, menos habitar en ella.

Por razones de temperamento y de conveniencia debían mis paisanos inclinarse á defender las creencias conservadoras, y mi

padre, juzgándose quizás un Simón de Monfort ó un Godofredo de Bouillon levantó á sus propias expensas un cuerpo de voluntarios formado con rancheros de sus haciendas de *Rincón de los Moras, Ocotillo y Ciénega de abajo*. Poco, sin embargo, le duró el placer, pues, al cabo de tres ó cuatro meses de luchar, entregó el alma á Dios tras un *albaço* en que su gente se batió con singular bizarría.

Perseguidos mi madre y yo, sus únicos herederos, tuvimos que emigrar y, en cuanto ya tuve edad bastante para ello dí un paseo por Europa, donde viví tres años. A mi vuelta, joven, huérfano, rico y aburrido, pasaba los días en mi pueblo natal, esperando sólo poder realizar mis propiedades para ausentarme definitivamente.

Cuando estas reminiscencias hacía sorprendiéndome la voz del magistrado, que me preguntaba con solemnidad si sabía por qué estaba preso.

—“Sí, señor Juez, si sé por qué estoy preso: se me acusó por los delitos de adulterio y raptó.

“¿Pormenores? No puedo dar sino los

que usted conoce. Me enamoré de la señora de Fregoso, ella se enamoró de mí, la robé, fuimos aprehendidos y aquí estoy para ser juzgado.

“¿Qué cómo pasó el caso? Muy sencillamente. La señora de Fregoso, como tendrá usted ocasión de convencerse cuando la interrogue, es joven y hermosa; sus ojos semejan la estrella dentro de la cisterna, su talle es elegante y escultural (un amigo mío, poeta él, lo comparó al ánfora en que Fídias bebió el vino eterno de la belleza) su voz es dulce y bien timbrada.

“En cambio, su cónyuge es un empleadillo de corto sueldo, viejo, miserable, mal humorado, de cara avinagrada, indigno en todo de guardar esa presea.

“Cuando el matrimonio llegó á X, yo atravesaba uno de los períodos álgidos de mi aburrimiento crónico.

“Mi cómplice, como usted la llama, creo que tampoco se divertía mucho. El camarín del Santuario, la misa diaria, la plaza y las calles, escuetas de día y oscuras de noche, no proporcionaban diversión bastante á aquella pecadora. Con decir á usted

que en X no hay siquiera tertulia y men-
tidero en botica ú otro lugar cualquiera, creo
haber explicado cuán monótona se desliza
allí la vida.

“Nos conocimos como debíamos cono-
cernos, dado que ella era la esposa del re-
ceptor de rentas y yo el primer contribu-
yente del departamento.

“No la enamoré refiriéndole sitios y ba-
tallas, historias de antropófagos ó de hom-
bres de dos cabezas, como Otelo á Desdé-
mona; tampoco nos atrajo rivalidad alguna
de nuestras familias, como á Romeo y Julie-
ta; ni llegamos á leer juntos, como Fran-
cesca y Paolo, ningún libro de caballerías;
fuimos el uno del otro porque así lo pedían
el medio, las circunstancias, la ociosidad
en que vivíamos, la confianza con que nos
mirábamos.

“Ella no amaba á su marido porque el
marido era horriblemente cursi; tampoco
podía amar á cualquiera de mis paisanos
porque ninguno—inclusives el Juez de le-
tras, el Agente del Ministerio público y el
Director político—era para llenar sus as-
piraciones.

“Tampoco á mí me convenían aquellas
hembras linajudas, ayunas de sentido com-
mún, de entendimiento y de gracia. Em-
pleando un simil matemático diré que no
era el mío un problema indeterminado, que
admitiera muchas resoluciones, sino uno
determinadísimo, al que sólo convenía una
respuesta.

“Era esa una brillantísima ocasión que me
proponía no desperdiciar, para aplicarme
al estudio del problema del adulterio, que
siempre me ha preocupado mucho; pero ¡ay!
la perra afición de mi correo al drama, á lo
extraordinario, á lo sentimental, y el tempe-
ramento terriblemente vulgar del marido
burlado, que no se valió del hierro ni del plo-
mo para vengar su agravio, sino de los exhor-
tos, las requisitorias y las querellas judicia-
les, me tienen en la situación que usted ve.

“Esta es, señor, la relación de mi bata-
lla, de la batalla de Pavía, en la cual, como
el rey Francisco, quedé prisionero; pero
en la cual, á diferencia del vencedor de
Marignan, perdí hasta el honor.”

Al oír que había concluido, el Lic Cortés
de Lara dijo dirigiéndose me:

—Puede usted comunicarse con quien le plazca y nombrar defensor.

Y hablando al secretario:

—Compañero, declararemos bien preso al señor Pavía.

15 de abril de 1895

UN CANONIGO CUMPLIDO*

Sí yo fuera novelista ó me preciara de ello, cogería por los cabellos la oportunidad que se me brinda y pintaría á mi tío don Pablo González (q. d. D. g.) como la exhumación de una figura de edades pasadas, como un abate versallés perfumado y correcto, decidor de madrigales y amigo de bellas, sin que faltara cierto afán suyo innato que lo hiciera propender á alabar y echar de menos los minuetes y las pавanas, las *pompas* y los *tonistas* de su época. Describiría, como pa-

* Los datos que contiene este escrito, los debo á mi respetable amigo, el sabio historiador don Agustín Rivera.